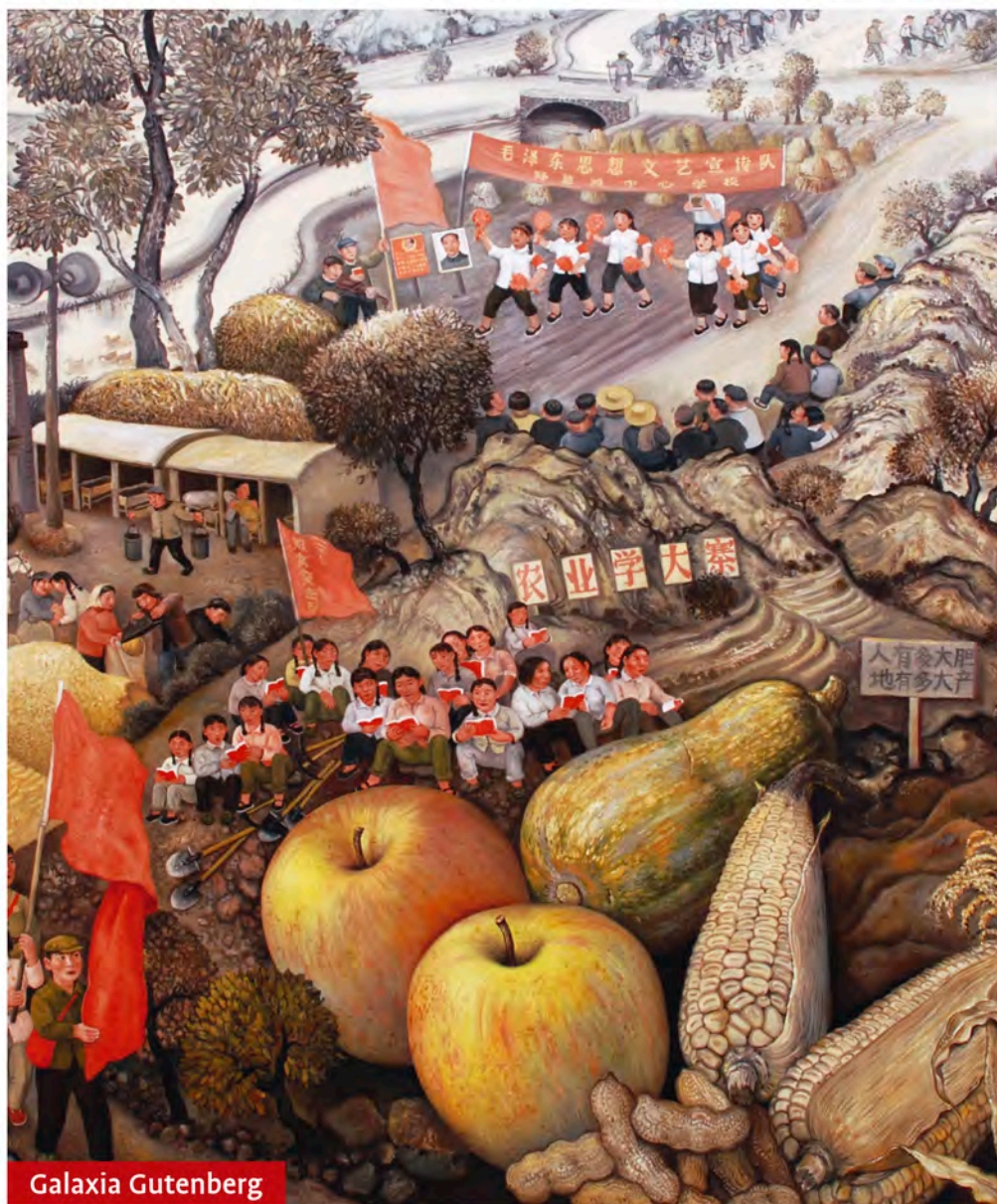


Sheng Keyi

Frutos salvajes

Traducción del chino de Miguel Sala Montoro



Serie dirigida
por Edurne Portela

Títulos publicados:

El rey en la sombra, Maaza Mengiste

Luces de invierno, Irati Elorrieta

Una nueva tierra salvaje, Diane Cook

Sin tocar el suelo, Jokin Muñoz

Nosotros no ahorcamos a nadie, Unai Elorriaga

SHENG KEYI

Frutos salvajes

Prólogo de
Edurne Portela

Traducción de
Miguel Sala Montoro

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: 野蛮生长 (*Yeman Shengzhang*)
Traducción del chino: Miguel Sala Montoro

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2023

© Sheng Keyi, 2015
Publicado según acuerdo con Agence littéraire Astier-Pécher
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Miguel Sala Montoro, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 1503-2023
ISBN: 978-84-19392-29-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



Li Xinhai*

Desde que tengo memoria recuerdo el retrato de mi bisabuela colgado en lo alto de la sala principal de la casa. Manchado y mohoso, salpicado de cacas de mosca tras el cristal, aquel rostro pálido y frágil aparentemente abatido de la foto ocultaba en su mirada un halo de frío primaveral. La bisabuela perdió la vida en un mar de sangre cuando silbaban las primeras balas de la Revolución de Xinhai. Acababa de cumplir dieciocho años. No quiero decir que fuera una mártir revolucionaria. No, la bisabuela murió atormentada por el abuelo en un parto imposible.

El abuelo, al que pusieron Li Xinhai, era un hombre espigado, culto y educado de tez blanca y lampiña, poco parecido al tipo sureño, y carente de la habitual necesidad campesina. Viudo a los treinta, año arriba año abajo, no volvió a casarse para vivir libre y despreocupadamente el resto de sus días. El abuelo sólo hizo dos cosas en la vida: leer y apostar, aunque de vez en cuando, para conseguir algo de dinero suelto también caligrafiaba pareados para celebraciones y funerales a los vecinos. Tenía un familiar lejano al que nunca vimos y del que sólo sabíamos que era una mujer, que cada cierto tiempo enviaba cosas a casa; cosas como una boina color café. Ataviado con este extraño sombrero, mi abuelo se paseaba a grandes zancadas de un lado a otro agitando las ramas de los sauces y levantando las aguas a su paso. Este misterioso familiar era, decían, fruto de una semilla plantada por el abuelo en su juventud.

* En las páginas 358 y 359 pueden consultarse un árbol genealógico de la familia Li y una explicación sobre el significado de los nombres propios de la novela.

Mi padre mantenía una agria querrela con el abuelo porque, no sé en qué circunstancias, en una ocasión se acostó con su primera mujer. El abuelo podía acostarse con la mujer de cualquiera menos con la suya, pensaba mi padre. Cuestión de ética familiar. Cuando la expulsaron de casa, la primera mujer de mi padre no vio más camino que convertirse en cadáver flotante. Alguien pescó su cuerpo del río y se lo entregó a mi padre, que cavó un hoyo en una tierra baldía y lo enterró allí.

Mi abuelo y mi padre eran como dos viejos bueyes. Habitualmente pacían cada uno por su lado, pero en ocasiones levantaban la cabeza e intercambiaban cornadas que al chocar sonaban huecas como piedras. Mi padre tenía un carácter fuerte y una voz recia, y el abuelo, que temía que le racionara la comida, observaba atentamente su talante y muchas veces prefería cerrar la boca y regresar a su pequeña habitación. Allí, de un baúl sacaba sus fichas de dominó¹ y elegía cuidadosamente una buena mano para apaciguar su furia.

Cuando murió mi abuela el abuelo estaba jugando. Alguien se acercó a comunicarle la noticia, pero él insistió en terminar la partida que tenía entre manos. A mi padre le enfurecía aquello y se lo recordaba siempre que podía. Le echaba en cara que llevando décadas jugando al dominó no respetara ni uno solo de los códigos del juego: cortesía, honor, compasión... El abuelo era muy astuto y fingía no oír bien, el rostro impasible como diciendo: «Me da igual todo, soy tu padre».

A mi padre le gustaba maldecir. Gritaba a los animales, a los árboles y a los campos, maldecía cualquier cosa que tuviera entre manos despidiendo gotas de saliva en todas direcciones. El abuelo había dilapidado pronto la riqueza de la familia. Primero perdió las tierras y las casas, y después, cuando se fue haciendo mayor y empezó a perder facultades, permitió que mequetrefes sin oficio ni beneficio le volaran por cuatro perras

1. Se trata del dominó chino de 32 fichas conocido por el nombre de *paijiu* o *tianjiu*. El dominó moderno jugado en muchos países del mundo es una derivación de este juego chino cuyos orígenes datan de la dinastía Song (960-1179).

valiosas antigüedades como un dominó de colmillo de elefante y una edición comentada en diez tomos del *Clásico de poesía*. Aseguró que el dominó se lo habían robado y que había usado los libros para limpiarse el culo, pero lo cierto era que los había cambiado por crédito para apostar; crédito que luego perdió hasta el último céntimo en un par de noches. Cuando se enteró, mi padre se puso enfermo pensando que probablemente aquellos dos tesoros habrían bastado para construir media casa, pero eran del abuelo y nadie podía echarle en cara que no los hubiera guardado para sus descendientes. Impotente, dio media vuelta y atizó con una fusta de bambú a los cerdos que meaban y cagaban a su antojo. «Derrochador, diablo egoísta, a ver quién recoge tu cuerpo cuando la palmes», maldijo.

Mi abuelo no era capaz de conservar sus bienes, pero tampoco guardaba sus recuerdos y hacía tiempo que había olvidado todo. Levantaba ligeramente la cabeza, se subía el cuello de la camisa y miraba a todos con desdén, como si fueran sus súbditos y de un momento a otro fuera a gritar: «¡De rodillas!». Solamente abandonaba este papel cuando le pedían recitar poesía y contar historias. Entonces se volvía solícito y generoso, y añadía grandes dosis de suspense a las anécdotas, que narraba vívidamente con toda clase de detalles. En su rostro aparecía una sonrisa, como si en esos momentos compartiera su alegría con los demás. Quizá porque se sentía muy solo, cuando alguien se aburría o hacía ademán de marcharse, de su cofre del tesoro sacaba un dulce o un objeto curioso para retenerlo. Al final sólo los niños lo escuchaban animados por las golosinas que les daba, pero incluso ellos se cansaron y dejaron de hacerle caso.

Li Chuntian

Cuando todavía no había dado el estirón mi hermana mayor no era bonita. Luego, de pronto fue cogiendo gracia y para los estándares de Lanxi puede decirse que era una chica guapa. Medía uno sesenta y ocho, tenía caderas anchas y una piel tirando a blanca, como una joven nortea. Su cara no era pequeña, pero una barbilla afilada bastante correcta la salvaba de parecer bruta y estúpida. Tenía un pelo corto negro y brillante, con dos bonitos mechones a los lados que dejaban al aire un par de orejas delgadas. Dos cejas largas como hojas de sauce dotaban de vida a un rostro que, acompañado de unos finísimos ojos negros, podía considerarse hermoso. La única pena eran los labios, un poco demasiado carnosos, un poco tirando a oscuros, que apretaba formando un culo de gallina cuando se enfadaba, pero que justamente demostraban, por su abundancia, la generosidad y honestidad de su persona. A lo largo de su vida, la honesta de mi hermana aguantó en silencio toda clase de humillaciones y sufrió enormes pérdidas sin que por ello el destino la compensara nunca. Menos mal que no era religiosa, pues de haberlo sido habría tenido que soportar todavía una decepción más.

En el pueblo había muchísimos templos dedicados a la tierra. Algunos eran muy humildes, levantados con cuatro piedras en cualquier sitio, bajo un árbol o junto a un camino. El que mi hermana frecuentaba era uno de más enjundia que habían erigido en mitad de unos arrozales. De formas rectas, no muy grande, estaba pulcramente pintado de blanco e incluso tenía aleros puntiagudos en sus cuatro esquinas. En el altar dedicado al viejo dios de la tierra que había en su interior, mi

hermana se postraba con las manos juntas e invocaba su poder mágico: «Que muera de enfermedad, ahogado, corneado por un buey, mordido por un perro rabioso, atropellado por un coche...». La forma no le importaba, lo importante era que mi padre dejara de existir.

Era evidente que un dios menor como el dios de la tierra no tenía autoridad para decidir sobre la vida de la gente. Por ese motivo, mi padre seguía vivo y coleando e insultando a sus anchas, más sano que una rosa. Cuando descubrió que su dios era un gran farsante, mi hermana fue a lanzar puñados de barro al templo.

Cuando no tenía nada que hacer, mi hermana se tumbaba junto a los campos a mordisquear yerbajos y espantar pájaros con la mano. O atrapaba una rana y la despellejaba empezando por los dedos de las patas. Al separarse la piel susurraba sedosamente y la rana, desesperada, lloraba «gu-gu-gu». Después, convertida en un trozo lechoso de carne saltaba al agua y al poco flotaba muerta bocarriba con las cuatro patas estiradas. Sin atisbo de remordimiento, mi hermana se acostaba y escuchaba el murmullo de los bichos que trepaban por los tallos de las plantas, perdida la mirada en un cielo azul con nubes blancas. En esos momentos sonreía, como si montada en aquellas nubes viajara a lugares lejanos. «Si tuviera alas –decía– volaría ciento ochenta mil *li*¹ como Sun Wukong² y no regresaría jamás».

No sé dónde lo habría oído, pero mi hermana relataba el día de su nacimiento como si lo hubiese visto con sus propios ojos.

Aquel año la primavera lucía exuberante. Las flores se abrían por doquier y el río bajaba lleno de agua. Cuando mi hermana llegó silenciosa a este mundo, mi padre ennegreció de rabia. Encendió un cigarro, apretó las cejas y hasta los tenues

1. Un *li* equivale aproximadamente a 500 metros.

2. Sun Wukong, el Rey Mono, héroe protagonista del clásico de la literatura china *Viaje al Oeste*. Sun Wukong posee una nube con la que puede volar «ciento ochenta mil *li*» en un instante.

rayos de luz de la habitación se precipitaron sobre su rostro, oscuro como un lodazal en mitad de la noche. Eran las dos de una madrugada negra y espesa. Excepcionalmente, se prendieron tres lámparas de queroseno cuyas pantallas de vidrio resplandecían como tres enormes granos dorados de cebada. No habían sido bien frotadas y en su superficie se dibujaban anillos de suciedad azabache. De su parte superior brotaba humo negro. En su interior, llamas silenciosas y limpias emitían un brillo amarillo y somnoliento.

Cuando se terminó el cigarro, mi padre se levantó y agarró a mi hermana por los pies. Esta, advirtiendo la violencia del mundo exterior abrió la boca para llorar, pero lo único que consiguió fue ponerse roja. Con mi hermana colgada de una mano y una linterna en la otra, sin decir palabra mi padre se dirigió al río Lanxi para ahogar al «demonio de mal agüero» de su hija antes de que creciera y se convirtiera en una carga. La matrona, que conocía sus intenciones, salió tras él y no volvió hasta devolver el bebé a su mantita de recién nacido.

Mi hermana decía que no había día que no tuviera la sensación de andar colgada bocabajo, que le costaba respirar y que más le hubiera valido morir ahogada aquel día. A menudo se la oía llorar en mitad de la noche, y en ocasiones masticaba no sé qué cosa que crujía al morder y llenaba su mosquitera de un olor extraño. A la mañana siguiente, palos de cerilla sin cabeza desvelaban cuál era su nocturno alimento.

A mi hermana le gustaba ponerse las cosas difíciles. Por eso siempre elegía fórmulas inútiles de buscar la muerte.

Li Jiaxu

En 1934 hubo una sequía en Hunan. Según la literatura local, la «gran sequía del año Jiaxu»¹ agrietó la tierra provocando la muerte de muchísima gente. Ese año, como de costumbre, el abuelo pasaba los días en Shatou jugando al dominó y pensando en cómo recuperar el dinero perdido.

El abuelo era un jugador de principios, de los que nunca hace trampas. Generalmente ganaba poco o perdía mucho, pero si caía en mesa hostil podía llegar a perder de tal forma que no tenía ni para el ferry de vuelta. Cuando esto ocurría, el abuelo sacaba a relucir su alma de poeta. En el embarcadero, frente a la turbia niebla de barcos que trajinaban en el río improvisaba unos versos para la joven revisora de tez oscura. Entonces, en cuanto ella bajaba la cabeza para ocultar el rubor de sus mejillas, él se revolvía y de un salto trepaba al ferry. Otras veces la compraba con una estampa de Año Nuevo o un caramelo, pero no hacía falta porque ella estaba fascinada por el aire de estudiante del abuelo. Cuando la abuela murió el abuelo siguió yendo a Shatou a jugar, pero para entonces la señorita de tez oscura ya se había convertido en madre de dos niños.

Aquel día el abuelo perdió todo lo que llevaba encima. Después de bromear un rato con la revisora subió al ferry, cruzó a la otra orilla y caminó unos diez *li* siguiendo el curso del río Lanxi. Ya había oscurecido cuando llegó a casa. Un olor desagradable y caliente y el llanto de un bebé lo esperaban al cruzar la puerta. En cuanto vio aparecer a mi abuelo, loca de con-

1. Undécimo año del sistema sexagesimal usado tradicionalmente en China para el recuento de los años.

tenta la matrona lo llevó a empujones a conocer a la criatura. El abuelo tenía todavía la cabeza en la mesa de juego y le costó meterse en su nuevo papel. Entró sin ganas en la habitación. Rebuscando entre un lío de mantas encontró la cara del bebé, le echó un vistazo y dio media vuelta para marcharse. Rápidamente, la matrona cogió a mi padre en brazos y, deshaciendo con destreza la mantita que lo envolvía, mostró al abuelo una pilila. «¡Oh!», dijo este. «¡Bua-bua-bua!», gritó mi padre.

Mi padre empezó a llorar todos los días a la misma hora. Lloraba la noche entera y a la martirizada abuela se le hundieron los ojos en dos enormes ojeras. Cien noches lloró mi padre y cien noches no durmió el abuelo en casa. La abuela terminó por acostumbrarse. Hubo quien vio salir al abuelo de casa de otra mujer, pero nadie le dijo nada.

Dos años más tarde, el abuelo fue agraciado con otro varón. El niño, sin embargo, abandonó pronto este mundo cuando cumplía su primer año de vida. La tristeza de la abuela se transformó en enfermedad, y al poco, aquejada de un bulto en el pecho, dejó también este mundo. El abuelo ni siquiera recordaba dónde la habían enterrado. Mi padre se lo recriminaba cada vez que discutían, no porque echara de menos a la abuela o le importara la falta de empatía del abuelo, sino para derrotarlo desde todos los flancos posibles. Para tomar la delantera y demostrar que él era el verdadero cabeza de familia.

No exagero si digo que el abuelo tuvo una infancia lujosa: vivió en una casa enorme con tierras y criados, fue a una escuela privada al estilo tradicional y nunca pasó hambre. En cambio, mi padre comía una vez sí y otra no, acudió irregularmente a la escuela y a los doce años marchó a la ciudad donde pasó todo tipo de penalidades. Después, durante un tiempo trabajó informalmente en el ejército ayudando a cargar armas y provisiones a las tropas de marcha. Quince años más tarde, inesperadamente regresó a casa convertido en empleado de una empresa estatal de transporte fluvial. Llevaba una vida flotante, siempre de aquí para allá. Conocía como la palma de la mano los ríos Xiang, Zi, Yuan, Liuyang y Laodao, qué tramos eran anchos y cuáles estrechos, dónde serpenteaban y

dónde había rápidos, y aprovechó las turbulencias del país para pescar una bonita esposa. La que luego se tiró al río para quitarse la vida.

Mi madre, Xie Yinyue, era una chica con hoyuelos de Xielingang, un pueblito de montaña, a la que la vida concedió un semblante dulce y un destino amargo. Su padre y su madre murieron víctimas de la guerra, y desde muy pequeña fue criada en casa de su hermano mayor. No sé si tuvo que sufrir las insolencias de su cuñada, pero no puede decirse que fuera una niña alegre, eclipsada su inocencia por una cabeza llena de viejas ideas feudales. Diez años más joven que mi padre, la primera vez que se encontraron lavaba ropa en el río Zhixi. Su mirada era limpia y cristalina como las aguas del río. Mi padre le dijo jactancioso que ahora el río pertenecía a su jurisdicción y que su oficina estaba justo en la presa. No mentía. Hacía más de medio año que había muerto su primera mujer.

Cuando fue a pedir la mano de mi madre, mi tío mayor se negó. Le pareció que mi padre tenía pinta de bandido y no quería que su hermana lo pasara mal. Además, no era de buen agüero que se le hubiese muerto una mujer. Mi madre estaba resuelta a seguir a mi padre y mi padre no tenía ninguna prisa. Había conseguido salir del campo para abrirse camino en la ciudad. Había transitado de la vieja sociedad a la nueva China. Había conseguido todo lo que se había propuesto, y no existía en el territorio de Yiyang nada que no pudiera llevar a buen término.

«Vengo a discutirlo con vosotros por educación. ¿Qué haréis si de repente Yinyue y yo nos escapamos?». Mi tío, que era una persona inteligente, dejó de remar a contracorriente y terminó por dar su consentimiento.

En Xielingang crecía mucho bambú. Según se contaba, en el pasado los emperadores exigían todos los años a modo de tributo esteras fabricadas con bambú de la zona. Mi padre pensaba que los emperadores no entendían nada y que, en lugar de bambú, deberían haber elegido concubinas entre las refrescantes doncellas del lugar. Dormir con una buena jovenci-

ta era infinitamente mejor que dormir sobre veraniegas esterillas de bambú.

No había en cien kilómetros a la redonda esposa más hermosa y diligente que mi madre, que no perdió ni un segundo en dar a luz, uno detrás de otro, una camada de campesinos.

Cuando nació mi hermano mayor el abuelo se paseaba de un lado a otro en el patio de casa. Como nadie salió a enseñarle el bebé, hasta que no cumplió un mes no tuvo forma de verlo. En realidad, el abuelo no tenía prisa por ver a su nieto, sino por lucirse explicando a los vecinos los nombres que había elegido para él. Mi padre no usó ninguno. No quería que el abuelo participara en los asuntos familiares. Pretendía arrebatarle todo su poder.

En casa, el abuelo era tratado prácticamente igual que las concubinas imperiales caídas en desgracia y recluidas en las estancias más frías y apartadas del Palacio Imperial.¹

En aquella época no había cumplido los sesenta, todavía tenía cierto poder y no era posible aislarlo por completo. Sabía perfectamente cómo conseguir la empatía de los demás, era elocuente y no decía palabrotas. A pesar de que había cometido errores, la compasión de los demás se inclinaba todavía de su lado.

Un día, midiendo fuerzas con su hijo, el abuelo lanzó una retahíla interminable en la que apeló a los ancestros empezando por Confucio y Mencio. Recordó los cuatro principios éticos y las ocho virtudes, citó las tres reglas cardinales y los cinco comportamientos intachables, y terminó descargando duramente la maza acusadora sobre la cabeza de mi padre. Una sola frase bastó a este para despacharlo: «Tú no eres quién para hablar de moral».

El abuelo se la guardó. Un día que mi padre no estaba en casa trató de fastidiar a mi madre. Mi madre es una de esas mujeres que no hablan mucho, pero que cuando discuten le dan al pico con entusiasmo, recurren a la jerga y emplean dichos y refranes con sorprendente tino. El abuelo no logró ven-

1. La Ciudad Prohibida de Pekín.

cerla nunca. Tras sus disputas se sentaba solo a la puerta de casa y se lamentaba de lo aislado y frío que se siente el noble en las alturas, triste y agraviado por la autoridad perdida.

La máxima autoridad de la casa era mi padre y los demás estábamos a sus órdenes. La debilidad y mansedumbre de sus subordinados, sin embargo, no suavizaron su carácter. Al contrario, estimularon aún más su crueldad y tiranía. Mi padre pegaba a mi madre con frecuencia. Una vez, después de acabar rodando por el suelo con la cabeza chorreando sangre, por fin mi madre se fue de casa. Un mes más tarde, el tío la trajo de vuelta. Mi padre la aceptó como si recibiera un tributo. De una bolsa, mi madre sacó frutos secos y aperitivos y en cuanto se apagaron las luces se abrazó a mi padre y se reconcilió con él.

Li Shunqiu

La diferencia de estatus entre los habitantes de la ciudad y del campo era tan clara como la que existe entre blancos y negros. Tras planearlo meticulosamente, mi padre consiguió jubilarse anticipadamente por motivos de salud y dispuso que mi hermano mayor abandonara sus estudios para convertirse en obrero. De golpe, mi hermano pasó a ser «no campesino» y empezó a trabajar para el Estado. En el pueblo todos se morían de envidia.

Mi hermano mayor era un chico bien parecido y tímido. Hablaba poco y reía sin hacer ruido, aunque a veces explotaba en una carcajada compuesta por dos «ja» que interrumpía abruptamente. Era un sentimental y nunca quiso perder a sus amigos de la infancia, con los que se reunía cada vez que regresaba. Estos amigos se convirtieron con el tiempo en hombretones de piel oscura y nudillos gruesos que calzaban sandalias, fumaban tabaco barato, y, como hacían de pequeños, seguían robando pepinos en las huertas y pescando con red en el río. Mi hermano tenía un juego completo de pesca que colgaba pulcramente en el patio trasero de casa como un arma bien engrasada cuando no lo utilizaba. Era capaz de desenredar las redes velozmente, sabía remendarlas y conocía bien cuál usar según la época y la ocasión, qué peces desovaban en aguas poco profundas y cuáles se acercaban a la superficie a respirar por la noche.

Las noches estivales en el campo eran serenas como una joven virgen. La luna flotaba en el cielo nocturno, luciérnagas danzaban entre zarzas y balas de paja, el río dormía recostado sobre la tierra... En noches como esta pescaba mi hermano,

cuya figura semejaba unas tijeras que rasgaran la sedosa superficie del agua.

Ningún signo anunció la fatalidad.

El bullicio de aquel día superó de lejos la agitación que solía generar la compañía itinerante de teatro cuando llegaba al pueblo. La gente salió de sus casas y se dirigió al equipo de producción a contemplar los vehículos de policía y a los amenazantes personajes que bajaron de ellos. Algunos se encaramaron a las ventanas y observaron divertidos cómo rapaban la mitad de la cabeza a los jóvenes detenidos. Cuando tuvieron lugar los juicios públicos contra el falseo y el reparto ilegal de la producción durante el Gran Salto Adelante,¹ el equipo de producción fue utilizado para encarcelar e interrogar a los campesinos que no habían entregado grano a las autoridades. Después fue transformado en almacén para moler arroz. Ahora, temporalmente volvía a convertirse en sede de los interrogatorios.

El secretario de la célula local del Partido trató de sonsacar a uno enfundado de arriba abajo en uniforme militar:

—Cuando hay cine de verano es normal que los jóvenes se revolucionen un poco y monten alguna pelea... ¿Por qué han movilizado esta vez a las tropas?... ¿Ha pasado algo?

El de uniforme militar miró de soslayo al secretario y se sacó un cigarrillo.

—¿No sabes que se ha iniciado una campaña especial contra los delitos criminales? —preguntó arrogantemente.

—Jefe Cai... ¿No podrían llevárselos al gobierno local para interrogarlos?... —dijo el secretario local encendiendo el cigarrillo de su interlocutor—. Si ocurre algo mi cabeza va a terminar rodando.

1. Campaña de colectivización económica lanzada en 1958 con el objetivo de impulsar la producción agrícola e industrial. Los errores de cálculo y el falseo de los datos provocaron un enorme colapso que derivó en una de las hambrunas más grandes de la historia. Durante estos años la vida productiva del país se organizó en comunas que englobaban varias aldeas y agrupaban a unas cinco mil familias. Las comunas se dividían en brigadas de producción, y estas, a su vez, estaban formadas por equipos de producción.

Con un gesto rápido apagó la cerilla y miró ansiosamente al jefe Cai.

—Aquí los vecinos nos vemos todos los días. No quiero que piensen que estoy conspirando... —continuó diciendo. Al momento se corrigió—: Por supuesto, voy a colaborar. Soy miembro del Partido Comunista y siempre he cooperado incondicionalmente con el trabajo de los de arriba...

El jefe Cai reventaba su uniforme y parecía a punto de levantar la mano para abofetear al secretario local. Expulsaba bocanadas de humo por la nariz y por la boca, como si se quemara por dentro y fuera a empezar a arder de un momento a otro.

—Verdaderamente las ratas no ven más allá de sus narices. ¿Nunca has pensado en mear más lejos? —le espetó.

El secretario local apretó las cejas escrutando al jefe Cai.

—Je, je. De usted depende lo lejos que alcance mi meada —respondió.

El jefe continuó pausadamente:

—En los últimos años la sociedad se ha vuelto insegura y caótica. La dirección central se ha reunido y ha lanzado una campaña para golpear duramente el crimen en todo el país. Las órdenes son «atrapar en caso de duda, condenar aunque no esté claro y aplicar la pena de muerte si se puede». En nuestro distrito la población es grande y nos exigen objetivos más altos... Desde que empezó todo no he pegado ojo. Los que hemos cogido hoy son una banda organizada de delincuentes dedicada a montar peleas multitudinarias, molestar a las mujeres, pescar ilegalmente en el río, robar bienes de propiedad estatal...

—¿Banda organizada de delincuentes? ¡Entonces pueden ser ejecutados! —exclamó atónito el secretario—. Esto... Es normal que los jóvenes armen un poco de jaleo cuando hay cine. Todos cumplen la ley. No hacen nada extraordinario.

—Si han hecho o no algo extraordinario, si han incumplido o no la ley se aclarará cuando finalice la investigación. La ley se basa en pruebas —puntualizó el jefe Cai.

Dos horas más tarde, seis jóvenes mitad con pelo mitad ra-

pados salieron esposados del equipo de producción y fueron introducidos en un camión de policía.

La sentencia fue publicada una semana más tarde. El cabecilla de la banda, Li Dage, fue condenado a pena de muerte. Mi hermano fue el que salió mejor parado: ocho años.

Que en el patio de la escuela secundaria de Lanxi fuera a celebrarse un juicio multitudinario ante miles de personas no era lo más importante. Lo importante era que a continuación los condenados a muerte iban a ser ejecutados junto al río de un tiro en la cabeza. La gente nunca había visto morir a nadie y nadie se lo quería perder. Era un gran día de fiesta. Mi hermana mayor todavía trabajaba de empleada eventual en la fábrica y no se había enterado de lo ocurrido. Mi madre lloraba y se sonaba los mocos sin parar. Mi padre cerró herméticamente la boca y dejó de maldecir. Mi segundo hermano, Li Xiazhi, cargó obedientemente agua con la pértiga, llenó a rebosar la tinaja de casa, y, sin que nadie se lo pidiera, se acercó con una azada a la huerta y recogió unos cuantos manojos de verduras. Yo me escurrí silenciosamente hasta el dique y apreté el paso hacia la escuela para conseguir un buen sitio.

No puede decirse que el tiempo fuera malo. El calor era húmedo, pero del sur soplaban rachas que rizaban la superficie del río en dirección norte. En el dique principal había tanta gente que parecía hubieran crecido allí mismo. Todos se dirigían al pueblo. Los estudiantes que pertenecían a alguna organización desfilaban ordenadamente con semblante serio y decidido. Sólo en *Duanwujie*¹ se reunía tanta gente en el dique y el repentino ambiente de fiesta me emocionó. Sumergida en la multitud me sentía nerviosa y excitada y pronto empecé a transpirar copiosamente. Gotas de sudor resbalaban por mi

1. *Duanwujie* o Fiesta de los Botes de Dragón. Se celebra el quinto día del quinto mes del calendario chino. Es tradición durante esta fiesta organizar carreras de barcas a remos, especialmente en el centro y el sur del país.

pelo y caían contra el suelo blandas y tensas, transparentes y pegajosas a la vez. No sabía en qué lado de la escuela estaba la puerta, pero dejándome llevar por la masa conseguí acceder con éxito al patio.

Muchas fotos registraron las escenas que vi ese día: carteles colgados con lemas escritos en grandes caracteres, estridentes altavoces que herían los oídos, condenados con la cabeza caída hacia delante... Sobre el pecho de Li Dage colgaba un cartel que decía «malhechor» tachado con una enorme cruz roja. Detrás de él, otra fila de condenados con las manos atadas a la espalda, estos sin cruz que los tachara.

Los sumideros que rodeaban el patio estaban atascados. El ambiente era sofocante. Una enorme nube de contornos grisáceos, como un león que observara desde lo alto, creció por encima de nuestras cabezas y al momento se disolvió en una masa informe. A veces se producían instantáneos momentos de silencio. Un condenado marcado con una cruz se vino abajo y ya no se pudo levantar. Dos tipos vestidos de militar lo sostuvieron. De pronto, la masa se relajó y comenzó a expandirse anunciando que el juicio había terminado. La gente dio media vuelta y siguió en procesión al camión mientras desfilaba por el pueblo para escarmiento público de los condenados. Los escoltaron hasta el lugar de la ejecución para contemplar con sus propios ojos cómo las balas abrían flores rojas en sus cuerpos.

En la puerta de la escuela me herí la pierna y no pude asistir. Esto, sin embargo, no me impidió fanfarronear luego ante mis compañeros de clase contándoles lo que había oído como si hubiese estado allí mismo: «Había diez tipos con pistolas formados en fila. Los condenados, también diez, se arrodillaban en ristra. Cuando sonaron los disparos, sus cuerpos se estremecieron como si les dieran una patada. La sangre fresca saltó a chorros y al instante llegó un olor tostado como a pinchito de barbacoa».